

Respuestas a Francisco Vega Díaz

Diez años después de que estas preguntas me fueran formuladas, no puedo responder a ellas sin una breve alusión a lo que de ellas es fundamento: la entrañable amistad que me une con su autor y la generosa personalidad de éste, cardiólogo de profesión y cardióforo de condición, hombre cuya vida, además de ser médica e intelectualmente preclara, muy bien podría llevar sobre sí la leyenda que preside un escudo nobiliario granadino: «El corazón manda». Tenga el lector en cuenta uno y otro hecho, la amistad que me profesa Francisco Vega Díaz y la índole cardiófórica de su persona, para dar su justo valor a las consideraciones que él antepone a sus preguntas. Y ahora, mis respuestas, siguiendo la numeración del texto demandante.

1) Desde luego. Cuando nos importa de veras, nada de lo que acontece en torno a nosotros deja de influir en nuestra vida, en toda nuestra vida, aunque no coincidan exactamente la materia del suceso exterior (en este caso: las vicisitudes político-sociales de la historia de España, desde la Dictadura de Primo de Rivera hasta la muerte de Franco) y la del efecto que sobre nosotros produce (en este caso: la influencia de esas vicisitudes sobre el costado intelectual y profesional de mi biografía). Creo que en mi libro expuse claramente cómo los tres más importantes sucesos de ese período de nuestra historia, la República, la guerra civil y el franquismo, condicionaron mi dedicación a la historia de la medicina, la antropología médica y el ensayo filosófico y literario. Con todo, me atrevo a pensar que, supuesto un curso distinto de la historia de España, ésas habrían sido también las líneas rectoras de mi actividad intelectual.

2) En alguna medida contribuyó, sí, aunque deba reiterar ahora la salvedad precedente. Mi paso por el Consejo Nacional de Falange me hizo ver de cerca —un Mediterráneo, por lo demás, desde 1937— la radical condición autocrática del franquismo. Mi paso por el Rectorado de la Universidad puso ante mis ojos la imposibilidad de reformar desde dentro el régimen de Franco —otro Mediterráneo— y condicionó mi ulterior trabajo intelectual. Por las razones que en mi libro expliqué, a raíz de él cobraron mayor importancia en mi obra los temas antropológicos: la esperanza, la relación interhumana, la amistad.

3) Viena fue para mí, más que un lugar en que perfeccionar conocimientos neurológicos y psiquiátricos, una ciudad en la cual, aún sin el brío de antaño, la cultura europea seguía mostrando a la manera vienesa su hondura y su capacidad de sugestión. Algo del *wiener Geist* —por ejemplo, el que informó el pensamiento médico del grupo que, por analogía con el lógico-filosófico, yo había de denominar más tarde «círculo vienés»— hay, creo, en la orientación y el contenido de mi obra.

4) Aún cuando mi actitud ante la vida y mi conducta no hayan sido tantas veces las que debieran ser, yo veo en su determinación tres notas principales: 1.^a Una voca-

ción preponderantemente teórica, más tocante al conocimiento de las cosas que a su manejo. 2.^a Una orientación, vocacional también, preponderantemente dirigida al conocimiento de la vida humana, tanto en su fundamento (teoría del hombre) como a varias de sus concreciones (la ciencia y el arte en primer plano). 3.^a Una constante preocupación por la esencial condición ética de las acciones humanas. En mi tangencial y ocasional relación con la política —ni sirvo, ni he querido servir para la acción política—, yo he vivido en primer término el *deber de hacer* algo en el campo correspondiente a mi cargo, el de Rector universitario, único que he tenido, y mi *deber de decir* lo que debería hacerse por los gestores de la vida pública.

5) De las personas más próximas a mí, el primero en reconsiderar ética y políticamente su posición en la vida pública de España fue —bien ejemplarmente— Dionisio Ridruejo. En mi caso, más tardío, dos fueron los principales motivos de esa reconsideración: no haber hecho lo suficiente para conocer y vituperar, frente a la insistente retórica de los «mártires de la Cruzada» y los «caídos por Dios y por España», lo que durante la guerra civil y la posguerra fue la represión franquista, y —tras haber conocido, bien que tardíamente, los horrores de los campos de concentración del nazismo— haber estado con la Alemania nacional-socialista durante la guerra de 1939 a 1945. Dos motivos, como se ve, mucho más éticos que políticos.

6) Creo que la respuesta va implícita en las dos precedentes.

7) No. En mi libro conté con algún detalle por qué no lo hice. Aunque yo no pasara de ser un incipiente psiquiatra y un médico clínicamente mal formado, al pasar de Santander, donde el alzamiento militar me había sorprendido, a Pamplona, donde había de residir bastantes meses, me creí en el deber de ofrecer mis servicios como médico en el Gobierno Militar. De allí me remitieron al Hospital Militar, y en éste se me dijo que médicos ya tenían suficientes, y que si quería prestar algún servicio, me dirigiese a una de las dos organizaciones políticas que entonces funcionaban, la Falange o el Requeté.

8) No. A partir de lo que antes relaté, mi contacto con el mundo médico de la llamada zona nacional tuvo dos caras: una directamente vivida, mi trabajo en el Manicomio de Navarra, a cuyo cuerpo médico fui adscrito a petición mía; otra sólo de oídas conocida, la conducta que frente a Carlos Jiménez Díaz, al cual traté asiduamente en Pamplona, mostraron varios conspicuos representantes de la profesión médica en la zona nacional, cuando, procedente de la republicana, llegó el gran clínico a San Sebastián. La experiencia de la primera de esas dos caras fue para mí excelente, tanto como lo era la calidad médica y personal de Federico Soto, entonces director del manicomio navarro. La impresión que en mí produjo la segunda fue, en cambio, enormemente desagradable. Como español ingenuamente alistado en la «causa nacional» me indignó una actitud persecutoria tan mezquina y miserable. Pero esto no influyó sobre mi ulterior decisión de dedicarme a la historia y la teoría de la medicina.

9) No. Es cierto que en mi libro *La relación médico-enfermo* me ocupó muy poco de la relación médico-médico; aunque para una sociología integral de la medicina deba ser éste un tema importante. Desde luego, disto mucho de pensar que la relación médico-médico es entre nosotros y seguramente en el mundo entero lo que ética y profesional-

mente debe ser. Me pregunto, sin embargo, si no podrá decirse otro tanto de la que existe entre los ejercentes en otros campos profesionales.

10) No creo que tuviese significación especial el hecho de ser yo el único médico de ese grupo. A los que de él formamos parte nos reunió el azar, haber coincidido en Burgos durante la guerra civil, y cierta afinidad intelectual y ética. Tal ha sido, junto a la afección personal, el nervio de nuestra ulterior relación amistosa.

11) Sin duda. Algo hicimos mi mujer y yo —en mi caso, no todo lo que yo hubiese querido y debido— para ayudar o intentar ayudar a los perseguidos y marginados que nos rodeaban, y en este sentido fue la realidad de aquel entorno lo que nos movió. Mas también actuó en ese sentido nuestro modo de ver lo que la guerra civil había sido y —también en mi caso— la cada vez más firme convicción de que yo, a pese a todo lo que desde fuera hubiera pensarse, vine a ser en ella un vencido. ¿Vencedor yo en la guerra civil? Sólo pensarlo, me escalofría.

Pedro Laín Entralgo



Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Rodrigo Uría, Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, Gonzalo Torrente Ballester y Antonio Tovar

cosas, la entrega y la humildad. A la entrega, porque sólo se vive con arreglo a la verdad propia poniendo sustancia de uno mismo — por tanto, intimidad personal, pasión, calor — en aquello que se dice y se hace. A la humildad, a una humildad que a veces exige el arrepentimiento, porque ni en el nivel ni en el modo es nadie lo que de veras quiere ser. Estoy seguro de que ni siquiera Miguel Ángel, Newton y Kant lo fueron; pero aún más seguro estoy de que lo poco que yo he sido y lo más poco que yo todavía pueda ser — yo: el modesto docente, pensador y escritor de que en estas páginas se habla — dista mucho de lo que seguiré esas tres líneas que yo he querido ser. Se ve uno obligado a la humildad, por otra parte, porque, quien más, quien menos, no hay hombre que alguna vez no haya errado al considerar que pertenecía a su verdad, a lo que para sí mismo ^(él) es y quiere ser, algo de lo que en su vida efectivamente ha hecho y ha sido.

Cumpliendo aceptablemente el imperativo de la entrega creo haber vivido. He enseñado y he escrito poniendo siempre vida personal — pasión, calor, no sólo pensamiento propio o ajeno — en mi enseñanza y en mi escritura. En este sentido, me atrevo a pensar que he sido fiel a mi verdad.

Creo haber cumplido también, no sé si aceptablemente, el imperativo de la humildad. De buen grado, pero con cierta íntima melancolía, aceptando mis limitaciones y tratando de luchar contra ellas; porque vivir personalmente, ser en alguna medida la persona que uno quiere ser, consiste, entre otras cosas, en esforzarse día a día por dilatar en lo posible el límite propio y en aceptar sin amargura ni resentimiento, puesto que el límite nos constituye, el que en definitiva resulte de nuestros esfuerzos, en decir con entera sinceridad, con el poeta: "¡Hacedor de mi límite, Dios mío!" De peor grado he tenido que cumplir ese imperativo cuando no ha sido mi verdad, mi verdadera verdad, lo que con mi pa-